



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

LECCIÓN INAUGURAL
Curso Académico 2007/2008

Nueva misión de la universidad

Diego Gracia Guillén

Catedrático de la Facultad de Medicina

Madrid, 2007

Nueva misión de la universidad

Diego Gracia Guillén

Catedrático de la Facultad de Medicina

Corrección, diseño, reedición y maquetación
Departamento de Estudios e Imagen Corporativa. UCM

Índice

Ayer y hoy de la misión docente.....	5
La Universidad, escuela de profesionales.....	6
De los profesionales a los profesores.....	8
El rol clásico de las profesiones y su crisis actual.....	9
La misión de la Universidad.....	10
El modelo dogmático o impositivo.....	11
El modelo neutral o descriptivo.....	12
Los valores y la ciencia.....	14
De la selección natural a la elección humana.....	16
Naturaleza y cultura.....	17
Formación técnica y formación humana.....	18
La formación técnica y los valores instrumentales.....	19
La formación humana y los valores intrínsecos.....	20
Los valores intrínsecos en la formación profesional.....	21
Los valores intrínsecos y la ética profesional.....	24
La deliberación y la prudencia.....	25
Pro domo mea.....	26

Ayer y hoy de la misión docente

En el otoño del año 1930 pronunció Ortega y Gasset en el Paraninfo de la Universidad Central, éste en que hoy nos hallamos, un discurso-conferencia titulado “Sobre reforma universitaria”. Se trataba de un acto similar al que hoy, setenta y siete años después, estamos celebrando. Nada más bajarse del estrado comenzó a preparar para la publicación el texto que lleva por título Misión de la Universidad, aparecido a finales de ese mismo año. Pocos meses después de esta proclama orteguiana y muy en línea con ella, recién estrenada la Segunda República, el 29 de mayo de 1931, se creaba por Decreto el Patronato de Misiones Pedagógicas. De nuevo aparece la palabra “misión”, ahora en plural y seguida del adjetivo “pedagógicas”, sin duda por contraposición a las llamadas “misiones populares” que tradicionalmente venían dando por los pueblos los llamados misioneros. Éstos predicaban el desprecio del mundo y de sus vanidades, entre las cuales solían incluir el amor a la ciencia y el arte y, sobre todo, el interés por la cultura laica y moderna. Frente a esa concepción del mundo y de la educación ciudadana surgieron las “misiones pedagógicas”. No quería perderse la idea de “misión”, pero sí ponerla al servicio de nuevos contenidos e ideales. Frente o junto a la misión religiosa, confesional, eclesiástica, la misión laica, científica, liberal, moderna. Esta idea de “misión” laica de la docencia, que tenía sus raíces próximas en el regeneracionismo de Joaquín Costa, con su lema “escuela y despensa”, en la ejemplar actividad pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza y, más al fondo, en el espíritu del idealismo alemán y el socialismo neokantiano, se convirtió pronto en uno de los elementos claves de la política cultural de la Segunda República. Quizá hoy, que tanto se habla de la recuperación de la memoria histórica, debemos recordarla o, mejor aún, repensarla. No pretendo glosar el discurso de Ortega, ni volver a los viejos tópicos, pero sí desearía plantearme de nuevo el tema que él abordó en un momento clave de la vida de este país. ¿Cabe hoy hablar de misión de la Universidad, o de nueva misión de la Universidad? ¿En qué sentido?

He aquí las primeras palabras del texto orteguiano: “Las condiciones acústicas del Paraninfo universitario me impidieron desarrollar en su integridad mi conferencia ‘Sobre reforma universitaria’. En aquel local, que rezuma la amarga tristeza de todas las capillas exclaustadas –bien que fuese capilla, bien que no lo fuese, mal que sea ex-capilla–, la voz del orador queda en el aire asesinada a pocos metros de la boca emisora. Para hacerse medio oír es forzoso gritar. Gritar es cosa muy diferente de hablar. En el grito, la fonación es otra. No se ‘dice’ la frase en su natural aglutinación, que hace de ella un cuerpo unitario y elástico, sino que es preciso tomar cada palabra, ponerla en la honda del grito, y después de hacer ésta

girar, como David frente a Goliat, lanzarla con puntería a la oreja del auditorio. Esto trae consigo una consecuencia notoria a todo el que perora: la pérdida de tiempo”.

Aquí nos encontramos de nuevo, casi un siglo después, en el mismo lugar, la capilla exclaustrada o ex-capilla a que se refiere Ortega, en un acto idéntico al de entonces: la inauguración de un curso universitario. Uno más para la mayoría, el primero o uno de los primeros para los más jóvenes, uno de los últimos para los que ya peinamos canas. ¿Tendrá sentido que en este acto solemne en que se convoca a toda la comunidad universitaria, dediquemos unos minutos a reflexionar sobre el eterno problema universitario? Algunos de los que aquí estamos hemos consumido nuestra vida en la Universidad, en esta Universidad. A un gran cirujano y catedrático de Cirugía en esta Universidad le oí un día, ya en el cabo de su vida profesional: “Me he pasado la vida en el quirófano”. Esa confesión me sobrecogió. ¿Pasarse la vida en un quirófano! Pero pronto hube de reconocer que eso nos pasa a muchos, a casi todos, cada uno en su campo, y que muchos hemos pasado nuestra vida en esta Universidad. El espacio es menos angosto que el de un quirófano, pero el hecho no resulta menos impresionante.

¿Podrá extrañar que quien así se ve a sí mismo quiera reflexionar en voz alta sobre lo que ha hecho, sobre lo que ha querido hacer y no ha hecho y sobre lo que cree que debería hacerse en la Universidad, si es que de veras se propone cumplir con los objetivos que la sociedad le ha encomendado? Pretendo hacer una reflexión cargada de esperanza, porque la hago mirando al futuro, aunque también lastrada de nostalgia, porque es lo que quise y no he podido o no he sabido hacer. Temo marcharme de la Universidad sin haber conseguido el propósito con el que vine a ella y al que he dedicado mi vida. Eso, sin duda, es una insignificancia en el orden institucional. Pero deja de serlo si en ello se juega su identidad la propia institución. Y eso es lo que pienso que sucede. Pero basta de circunloquios y vayamos a lo sustantivo.

La Universidad, escuela de profesionales

¿Qué es la Universidad? Os propondré una definición tan simple como ingenua. La Universidad es una escuela de profesionales, la escuela de profesionales por antonomasia. Ese es el cometido que nos encomendó la sociedad al fundarla, y el que hace que nos siga manteniendo. La Universidad tiene una misión social que cumplir, la de formar a los profesionales que la ciudadanía necesita.

La definición puede parecer en exceso minimalista. Ha sido frecuente atribuirle cometidos de más altos vuelos: templo del saber, hogar de la ciencia, centro de investigación, etc. ¿A quién se le ocurre definir ahora la Universidad como centro de formación profesional, cuando la formación profesional, lo que hoy se llama así, ha nacido y vive no sólo fuera de la Universidad sino de espaldas a ella? ¿No es degradar nuestra propia función? Veamos.

El término profesión es de los de alta cuna. Procede de la raíz latina *fassio*, que nos ha llegado integrada en dos vocablos, *confessio* y *professio*, que, además, en latín significaron lo mismo. Todavía en nuestro idioma se identifica “hacer profesión de fe” con confesar públicamente la fe, y se dice de alguien que profesa tal religión cuando hace manifestación pública de ello. De ahí que la sociología haya definido las profesiones como roles sociales específicos, en los que el profesional se compromete públicamente a realizar una cierta labor a favor de los ciudadanos, y éstos le aceptan como tal, permitiendo que gestione el poder social inherente a ese rol.

Todo rol social lleva asociado un cierto poder. Pero no todos los poderes son iguales. Los hay mayores y menores. El poder social máximo es siempre el de gestionar y normativizar la vida de las personas. Es el poder de decir a los demás lo que tienen que hacer, o como tienen que vivir. Es el poder que clásicamente han tenido los líderes religiosos, quienes en nombre de Dios solían decir a los seres humanos qué es lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto. Es también el poder de los gobernantes, que controlan, ordenan, regulan y sancionan la conducta social de los ciudadanos. Y es el poder de los médicos, que diagnostican la salud y la enfermedad y prescriben lo que las personas tienen que hacer para conservar su bien máspreciado, la salud, el bienestar y, a la postre, la vida.

No todos los roles sociales llevan asociados tanto poder. Eso es lo que ha hecho que tradicionalmente se distinguieran los roles profesionales en sentido estricto, que comenzaron siendo sólo los tres citados, de los roles ocupacionales u oficios. Los primeros son roles de gobierno, de gobierno del macrocosmos, en el caso de los líderes religiosos, del mesocosmos o la república, en el del gobernante, y del microcosmos o cuerpo humano, en el del médico. Todo el que ha leído textos clásicos sabe lo mucho que se repite esta metáfora de los tres mundos a lo largo de los siglos. Los profesionales son los gobernantes de la sociedad. Por eso se ha supuesto siempre que deben ser los mejores. No es un azar que desde muy antiguo se haya puesto un exquisito cuidado en la formación de estos profesionales. No sólo en su formación técnica sino también en la ética y humana. Permitidme

que arrime el ascua a mi sardina y recuerde la importancia fenomenal que en este sentido ha desempeñado a lo largo de los siglos el código por antonomasia de la ética profesional, el Juramento Hipocrático.

De los profesionales a los profesores

Pero esa es sólo la mitad del asunto. Porque si tan importante considera la sociedad que es el rol desempeñado por los profesionales, es lógico que se haya preocupado mucho por cuidar de su formación. A la sociedad le ha interesado siempre que los profesionales gocen de una formación exquisita. Y para ello han tenido que crear otro rol social, que ya no es el de profesional sino el de profesor. Professor es término latino tardío, posterior a Augusto, que procede de la misma raíz que profesional, profiteor, verbo deponente que significa confesar o profesar públicamente. Es profesor quien asume públicamente el cometido de formar profesionales. Terrible responsabilidad. Si el poder social de los profesionales es grande, el de los formadores de los profesionales ha de ser aún mayor. La sociedad sabe que en las manos de los profesores está el futuro de sus ciudadanos y, por tanto, su propio futuro. Esto les pasa a los padres cuando se plantean el problema de la formación de sus hijos. Y en un orden más general, es lo que hace que la sociedad entregue a los profesores lo más valioso que cree poseer, la vida de las jóvenes generaciones.

Para llevar a cabo esta labor, la sociedad ha ido creando a lo largo del tiempo distintas instituciones. Una de ellas, sin duda la más importante y la de mayor éxito histórico, es la Universidad. Las universidades nacieron, como es bien sabido, en la segunda mitad del siglo XII. Nacieron con el objetivo que acabo de exponer, la formación de profesionales. Por eso constaron en sus orígenes de sólo cuatro facultades, la llamada Facultad Menor o de Artes y las tres facultades mayores, Teología, Derecho y Medicina. El objetivo de estas tres últimas era el de formar a los gobernantes de los tres ámbitos antes señalados, el macrocosmos, el mesocosmos y el microcosmos, es decir, a sacerdotes, gobernantes y médicos. Y el objetivo propio de la facultad menor era, no sólo dotar de una cultura general básica a todos ellos, sino también formar a los formadores generales, a aquellos a quienes debía estar encomendada la educación de la sociedad, los profesores.

El profesor es el profesional por antonomasia, es el profesional de los profesionales. Si éstos tienen en sus manos un enorme poder social, cuánto más aquéllos. Su responsabilidad es máxima. Esa es la razón de que en las sociedades tradicionales

gozaran de evidentes privilegios por parte del Estado y de la ciudadanía. Privilegios, algunos, pocos, económicos, consistentes en la exención de ciertos impuestos. Y privilegios, sobre todo, sociales, al reconocerse públicamente la dignidad de su función a través del respeto y la consideración de sus conciudadanos.

El rol clásico de las profesiones y su crisis actual

Profesionales y profesores han tenido en sus manos el destino de los pueblos. Eso ha hecho que siempre se les exigiera, en contrapartida con los privilegios, una alta calidad moral y humana. De los profesionales se esperaba que fueran intachables y que aspiraran de continuo a la excelencia. Sus obligaciones morales se consideraban mayores que las del común de la población. Esto permite entender que durante muchos siglos, hasta época muy reciente, se admitiera la existencia de dos moralidades distintas, la llamada “moralidad común” de los ciudadanos, y la “moralidad especial” de los profesionales. Esta moralidad tenía exigencias particulares. Una, muy importante, era que la actividad profesional no se consideraba un comercio sino un servicio público. A consecuencia de ello, el profesional tenía deberes de asistencia distintos de los propios de los oficios. Por ejemplo, del profesional se esperaba que siempre estuviera dispuesto a atender una necesidad de sus ciudadanos, tanto de día como de noche, que su móvil primero y principal no fuera el lucro personal, que no hiciera acepción de personas, que guardara exquisito secreto de aquellas cosas que conociera en el ejercicio de su función, que fuera justo, etc., etc. Si los oficios eran un comercio que funcionaba conforme a las leyes del mercado, las profesiones no podían ajustarse a esas normas. De ahí su carácter estrictamente altruista, en vez de interesado. Eso concedía a los profesionales una gran dignidad moral. Conviene no olvidar que la palabra dignitas no significó en latín condición inherente a todo ser humano, como a partir de Kant ha venido a ser usual, sino elevación social, lugar o puesto privilegiado en la pirámide social. Los profesionales eran considerados dignidades.

Es muy probable que al llegar aquí a todos se nos venga a la mente una objeción. Sí, eso ha sido así hasta hace poco tiempo, pero ya no lo es. Esa época ha pasado. Ni los profesionales clásicos gozan de ese estatus, ni tampoco los profesores. Por otra parte, la clase de los profesionales se ha ampliado hasta casi el infinito. A las tres o cuatro profesiones clásicas antes descritas, hay que añadir ahora otras muchas, las llamadas nuevas profesiones, paradigmáticamente representadas por las nuevas facultades que hoy componen una universidad moderna, como es la Complutense.

Y, en efecto, las cosas han cambiado sustancialmente. Tanto que ya no queda casi nada de los antiguos modelos. Ya no puede seguirse hablando de dos tipos de actividades, las profesiones como opuestas a los oficios, ni de dos moralidades, una moralidad especial para las profesiones y la moralidad común para los oficios. No hay más que una y única moralidad. El término profesión ha ampliado su ámbito semántico hasta cubrir la práctica totalidad de los roles ocupacionales. No en vano se habla hoy de formación profesional. Por otra parte, características propias de los oficios, como ha sido, por ejemplo, la punición jurídica, se aplican hoy a las profesiones clásicas, y otras de éstas, como la aspiración a la excelencia, han pasado a los oficios. De hecho, toda la teoría moderna de la excelencia ha nacido dentro de la teoría de la gestión empresarial y no en el marco de las profesiones clásicas.

¿Quiere eso decir que hoy resulta ya anacrónico hablar de profesiones, profesionales y profesores? Evidentemente, no. Pero sí es claro que sus perfiles han cambiado drásticamente. El nuevo profesional ya no puede seguir actuando conforme a los patrones heredados de siglos pasados. Los viejos privilegios han muerto. Lo cual no quiere decir que el nuevo profesional esté exento de ellos. Tiene, quizá, el mayor y más importante, la gestión del poder, la normativización de la vida de las personas, el rol de mando y gobierno de los individuos y las sociedades. Eso es inalienable, va unido de un modo necesario al rol profesional. Y debe ir unida a él también, la excelencia técnica y humana. Toda sociedad quiere que los mayores poderes estén en manos de las mejores personas. En esto las cosas no han variado. Un profesional debe verse siempre como lo que es, un privilegiado, detentador de enorme poder social y, por ello mismo, investido de una gran autoridad, pero también de abrumadora responsabilidad. Lo cual nos plantea, como ahora mismo veremos, nuevos problemas.

La misión de la Universidad

Porque la cuestión está, entonces, en que definamos bien, con la mayor precisión posible, cuál es hoy, aquí y ahora, la función de los profesionales en la sociedad, cuáles sus roles y sus obligaciones. Y por consiguiente también, cuáles son las de los profesores, los formadores de los profesionales. No podemos olvidar que desempeñamos una función social, que tenemos un encargo de la sociedad, que nos ha confiado buena parte de lo que para ella es más querido. Somos unos enviados. El verbo latino mitto significa enviar. Y de ahí viene el sustantivo missio, misión. Hace setenta y siete años Ortega se preguntaba, en este mismo estrado,

por la misión de la Universidad. Hoy nos hacemos de nuevo la pregunta, anhelantes, como entonces, de una respuesta orientadora. Nos va en ello la vida, dado que la hemos empeñado en esta quijotesca y alucinada misión.

La pregunta hemos de hacérsela todos los que formamos parte de la Universidad, todos los profesores, todos y cada uno de los días de nuestra vida. Nunca deberíamos pisar un aula sin hacernos la reflexión de para qué lo hacemos o qué queremos conseguir en ella. Deberíamos entrar allí como quien se introduce en lugar sagrado. Tal debería ser nuestro respeto hacia ella. El aula es para el profesor lo que la iglesia para el sacerdote, el tribunal para el juez o el quirófano para el cirujano. Un lugar donde acontecen de continuo portentos y milagros.

¿Qué debe enseñarse en las aulas? ¿Qué espera la sociedad de nosotros? ¿Cuáles son sus necesidades? ¿Qué podemos ofrecerle? Creo que merece la pena dedicar unos minutos al análisis de estas desazonantes cuestiones. Desazonantes porque las respuestas clásicas todos tenemos la sensación de que ya no sirven, que se han quedado viejas, y que las nuevas todavía no parece que estén siquiera ni formuladas. De ahí la sensación de orfandad y desconcierto en que con frecuencia se encuentran los profesionales y, más frecuentemente aún, los profesores.

Las respuestas clásicas ya no sirven. Todos lo intuimos, pero nos cuesta mucho verbalizarlo. ¿Cuáles fueron esas respuestas clásicas? De su análisis crítico a lo mejor podemos sacar alguna enseñanza de futuro.

El modelo dogmático o impositivo

Una primera respuesta, la más tradicional, es aquella que concibe la enseñanza como un proceso de adoctrinamiento. De nuevo hemos de acudir al maltrecho latín, base de toda nuestra cultura lingüística. Doctrina es un sustantivo abstracto latino que procede del verbo doceo, que significa enseñar. Lo opuesto a doceo es disco, aprender. El maestro enseña, adoctrina y el discípulo aprende. Se trata de una relación vertical, asimétrica y unidireccional. Hay un depósito de conocimientos bien establecido, la llamada doctrina, que el maestro tiene la obligación de transmitir a sus discípulos. Depósito se dice en griego parádosis y en latín traditio. Lo que hay que transmitir, la doctrina, constituye un depósito bien establecido, la tradición. Ésta se recibe de los mayores y debe pasar a los más jóvenes. Tal es la función del profesor, hacer que esta cadena no se interrumpa. No se trata de discutir, ni de innovar, ni incluso de entender; se trata, simplemente, de asumir,

aceptar dócilmente. Buen discípulo es el que recibe la doctrina sin resistencia; por tanto, el docilis. La enseñanza, pues, es un proceso social de adoctrinamiento.

Todos abjuramos hoy de este modelo, a pesar de que ha sido el más frecuente en la historia de la humanidad y el que, incluso hoy, se lleva la parte del león en los procesos llamados educativos. De ahí el carácter memorístico de mucha de nuestra enseñanza. En otros tiempos lo que se trataba de transmitir era un depósito de verdades reveladas. Tal era el caso de la enseñanza del catecismo. Hoy ya no es así, pero se siguen transmitiendo los conocimientos como si fueran dogmas, ahora no religiosos sino científicos. ¿Nuestros libros de texto qué son sino colecciones de datos, los llamados hechos, a los que el estudiante tiene que asentir con actos de fe de intensidad no menor a la de la fe religiosa? ¿Se estimula el espíritu crítico, el pensar autónomo o, por el contrario, se transmiten los conocimientos como si de verdades absolutas se tratara? No, el modelo doctrinal, dogmático e impositivo no ha muerto. Quizá por pereza de los alumnos, o por comodidad de los profesores, o por ambas cosas a la vez, sigue casi tan vivo como en épocas anteriores.

El modelo neutral o descriptivo

Lo que sucede es que hoy no es el único, tiene que compartir su imperio con otros modelos más modernos. Hay uno que merece una especial atención. Se trata, si bien se mira, del opuesto al modelo anterior. Si aquel se caracterizaba por su condición doctrinaria, impositiva y dogmática, éste intenta hacer todo lo contrario, conservar la más exquisita neutralidad en cuestiones de valor. Pero con esto aparece un término que necesita de una cierta atención, el de valor. En el fondo, toda la disputa sobre la educación es un debate sobre valores. El primer modelo intentaba imponer valores y el segundo pretende ser neutral ante ellos. La función del profesor, se dice ahora, no es transmitir valores sino hechos, los hechos científicos. Tal fue el lema del positivismo. Los hechos son constatables, racionales y sobre ellos cabe la discusión lógica, en tanto que sobre los valores, no. En el ámbito de los valores sólo son posibles dos actitudes: la doctrinaria, imponiendo los propios valores a los demás, y la liberal, defendiendo el principio de neutralidad axiológica. La cátedra universitaria, dice este segundo modelo, debe servir para la transmisión de los “hechos” científicos, no de los “valores”. Aún a comienzos del siglo XX, en 1919, clamaba y proclamaba Max Weber ante los estudiantes de la Universidad de Munich estas palabras: “Lo único que se le puede exigir [al profesor universitario] es que tenga la probidad intelectual necesaria

para comprender que existen dos tipos de problemas perfectamente heterogéneos: de una parte la constatación de los hechos, la determinación de contenidos lógicos o matemáticos o de la estructura interna de fenómenos culturales; de la otra, la respuesta a la pregunta por el valor de la cultura y de sus contenidos concretos y, dentro de ella, de cuál debe ser el comportamiento del hombre en la comunidad cultural y en las asociaciones políticas. Si alguien pregunta que por qué no se pueden tratar en el aula los problemas de este segundo género hay que responderle que por la simple razón de que no está en las aulas el puesto del demagogo o del profeta.”

Este párrafo merece un cierto análisis. Weber distingue dos mundos, el de los hechos y el de los valores. Por hechos entiende, obviamente, los datos objetivos, los productos de la ciencia. Los hechos paradigmáticos son los propios de la ciencia natural. Es un hecho que el hidrógeno y el oxígeno, combinados en determinadas proporciones, dan agua, etc. Pero hay otros hechos distintos a los que Weber alude explícitamente. Son los propios de las llamadas ciencias de la cultura o del espíritu. Eso plantea un cierto problema que pocas veces he visto analizado de modo explícito. Se trata de que la cultura, paradójicamente, trata de valores. Si vamos al Museo del Prado, será para valorar estéticamente los lienzos que allí vemos, y lo mismo sucede con cualquier otro producto cultural. El mundo de la cultura es el de los valores. ¿Cómo, pues, puede hablarse de una ciencia de la cultura, como hace el propio Max Weber y como es usual desde la época del positivismo? La respuesta fue el gran descubrimiento positivista. De los valores no cabe hablar en tanto que valores, pero sí es posible someter al método científico el hecho de los valores, tomando los valores no en tanto que valores sino en tanto que hechos. No hay duda que las gentes tienen valores de todo tipo, estéticos, religiosos, políticos, culturales, económicos, etc. Los valores en tanto que valores son puramente subjetivos, y sobre ellos no cabe debate racional posible. No son posibles más que la imposición o la abstención. Pero sí puede estudiarse el hecho de los valores, por ejemplo, el hecho sociológico de que en tal ciudad el voto es mayoritariamente socialista, o liberal, o conservador, etc. La Sociología es una ciencia de la cultura. Es ciencia porque se ocupa de hechos, y es ciencia de la cultura porque su objeto de estudio es el hecho de los valores; por ejemplo, su distribución social. Lo que Weber quiso decirnos en el párrafo antes transcrito es que el profesor universitario no puede utilizar la cátedra para transmitir valores sino sólo para ocuparse de hechos, bien de hechos naturales, bien de los hechos propios de las ciencias de la cultura. En todo lo demás, en los valores en tanto que tales, debe guardar una exquisita neutralidad. Lo contrario sería confundir su actividad con la propia del demagogo o del profeta.

He aquí la segunda respuesta posible a la pregunta que nos hicimos hace un rato, la de qué debe enseñarse. Si la primera actitud descrita fue la dogmática o impositiva, esta segunda, más moderna, es la neutral o meramente descriptiva. Nuestra función en tanto que profesores no es valorar sino solamente describir. Las opciones de valor son propias de cada persona y ahí lo único decente es no intervenir. Las instituciones públicas, a la cabeza de todas el Estado, pero junto a él las demás de servicio público, como la Universidad, no pueden no conservar una estricta y exquisita neutralidad en cuestiones de valor. Formamos en hechos, no en valores: tal podría ser el lema propio de una universidad estricta y resueltamente liberal.

¿Es frecuente este modelo? Pienso que sí. Si al primero siguen apegados los más tradicionales, los impenitentes nostálgicos del pasado, este segundo es frecuente en quienes buscan un mundo nuevo, basado en el progreso y en la ciencia. Como ya dijera Comte, padre del positivismo, deben quedar atrás las épocas mítica y especulativa de la historia de la humanidad, a fin de fundar la vida social en un nuevo régimen, el régimen de los hechos, el nuevo régimen de los hechos positivos. Conviene recordar que sobre estas bases levantó Comte no sólo una ciencia, la ciencia social, sino también una ética y hasta una religión, la religión positiva, la religión de la humanidad. Y cabe preguntarse: ¿no es esto, de nuevo, ser beligerante en cuestiones de valor? ¿Es que puede uno atenerse a los hechos, sólo a los hechos y nada más que a los hechos?

Los valores y la ciencia

La respuesta única que cabe dar a esta pregunta es un rotundo no. Los valores son un elemento ineludible de la vida humana. No podemos prescindir de ellos. Intentar prescindir del mundo del valor es ya una valoración, y no precisamente la más aguda o inteligente. Nadie es neutral en cuestiones de valor, ni puede serlo. La tesis de que la ciencia es neutra en valores es falsa. Como hace ya algunas décadas demostró el historiador Loren R. Graham, en la lucha entre las dos posiciones que han dominado en filosofía de la ciencia, la de que ésta es value-free y value-laden, que Graham llama “restriccionista” y “expansionista”, parece claro que la historia está mayoritariamente del lado de la segunda, no de la primera. Nada está libre de valores. No valorar los valores es ya una valoración. No hay no valoración de los valores. Lo que se llama así es ya una valoración, bien que negativa. Y por tanto requiere una justificación intelectual no menor que cualquier postura que acepte la necesidad de su valoración positiva.

Nos preguntábamos qué debe enseñar un profesor en las aulas, cuál es el objeto de la misión que la sociedad nos ha encomendado. Hemos visto dos respuestas, las que se han repartido la práctica totalidad de nuestra historia. La primera es la respuesta que Graham llama expansionista, aquella para la que la enseñanza es el proceso de transmisión de valores de unas generaciones a otras, y que además añade que esa transmisión debe realizarse de forma dogmática o impositiva. La segunda respuesta, por el contrario, es restriccionista en términos de Graham, en el sentido de que considera que la ciencia es un saber libre de valores y que eso es lo único que debe enseñarse en la Universidad. Lo demás queda para el púlpito de la iglesia o para el mitin político.

Si bien se mira, estas dos posiciones tienen un punto en común. Ambas parten de la creencia en que los valores no son racionales ni razonables, que carecen de toda lógica, que sobre ellos no cabe razonar, que no pueden discutirse, y que por tanto no caben otras actitudes que las extremas, la imposición o el respeto. ¿Pero y si esto no fuera así? ¿Y si los valores tuvieran su propia lógica y fuera no sólo posible sino necesario, más aún, imprescindible discutir sobre ellos? ¿Por qué las únicas actitudes posibles han de ser la de imposición o la de abstención? ¿No cabe una tercera, la de deliberación?

El tema es de tamaña envergadura que necesariamente ha de ser tratado aquí de modo telegráfico. Pero aun así, merece la pena intentarlo. En el año 1923 publicó Ortega un largo estudio titulado “Introducción a una estimativa: ¿Qué son los valores?” La mente humana tiene muchos resortes que le permiten no sólo percibir sino también imaginar, soñar, recordar, idear, razonar... y estimar. Estimar, valorar o apreciar es una función psíquica propia de todos los seres humanos, tan precisa y elemental como el percibir. De los datos de percepción, inmediatos o mediatos, decimos que son “hechos”. Pues bien, la estimación nos permite descubrir en las cosas unas cualidades específicas que llamamos “Valores”. Son procesos distintos; tanto, que podemos percibir lo mismo y valorar diversamente. Lo que no resulta posible es percibir sin valorar. Ante la visión de una persona podemos decir que nos parece guapa o fea, elegante o vulgar, pero lo que no podemos es no estimarla de ningún modo, abstener nuestra estimación. La estimación es tan necesaria en la vida como la percepción. Quizá más. De hecho, lo más importante en nuestras vidas no son los hechos sino los valores. La identidad personal nos viene dada no tanto por los hechos que nos diferencian respecto de los demás seres humanos, cuanto por los valores que asumimos como propios, religiosos, filosóficos, estéticos, políticos, culturales, etc. Decíme, ¿qué es lo que busca un joven cuando decide estudiar una carrera universitaria? Lo hará por aprender cosas, o por ayudar a la humanidad, o por

ganar dinero o, simplemente, porque le gusta. Todos esos son valores: el uno lógico o intelectual, el otro ético, el tercero económico, el cuarto estético. Los valores son los que nos llevan a tomar las grandes decisiones de la vida: elegir una carrera, compartir la vida con una persona, fundar una empresa, tener un hijo, escribir un libro. ¿Cómo podemos decir que esto, lo más importante de nuestras vidas, carece de toda lógica y debe quedar al margen de nuestra función como formadores?

Llegados a este punto, es preciso que introduzcamos dos nuevos términos en el debate. Es usual, quizá más de lo debido, hablar de “formación técnica” y “formación humanística” o, más brevemente, de “ciencias” y “letras”. ¿Qué quiere significarse con estos términos? ¿Qué es la técnica? Todos creemos tener la respuesta, pero conviene no precipitarse, pues en ella nos va mucho. La técnica es lo que el ser humano hace con la naturaleza. Me explicaré.

De la selección natural a la elección humana

En pura teoría darwiniana, los seres vivos sufren un proceso de selección por parte del medio, de modo que no sobreviven ni se reproducen en un determinado medio más que los más aptos. Es el proceso conocido con el nombre de selección natural. La selección la hace el medio, no los seres vivos. Esto conviene recordarlo a veces, cuando se intenta sacralizar el genoma, como si no fuera el resultado de un proceso de selección por parte del medio, en el que, además, resultan condenados a la muerte o a la enfermedad una inmensa cantidad de especímenes. A esta selección la denominó Darwin “natural”, porque es la pura naturaleza la que gobierna el proceso. La naturaleza funciona así, y los seres vivos son el resultado de un proceso que sólo permite la supervivencia de los más aptos.

El problema del ser humano es que, desde el punto de vista biológico, no posee muchas cualidades que hagan pensar en él como apto o más apto. Los seres humanos no corremos como las gacelas, ni tenemos vista de lince, ni la fuerza del león, etc. Los biólogos alemanes de la primera mitad del siglo XX hablaron, por ello, de su *Mängelwesen*, su condición deficitaria o deficiente. No hay más que una cualidad biológica que hace posible, al menos por ahora, la supervivencia del ser humano, y es la inteligencia. Los biólogos tienen claro que sistema nervioso central no desarrollan más que las especies con capacidad de desplazamiento en el espacio y que, por tanto, la primaria función del

sistema nervioso es aumentar o incrementar la capacidad de previsión de los seres vivos, anticipando lo que les sucederá unos momentos después. Dicho en otros términos, la función de la inteligencia es adelantarse a los acontecimientos, prever lo que sucederá dentro de un tiempo, aunque sólo sean unos minutos o unos segundos, a fin de actuar en consecuencia. La inteligencia es una cualidad biológica que le permite al ser humano prever. Por eso tenía razón Ortega y Gasset cuando decía que el ser humano no vive en el presente sino en el futuro. En el presente vive el animal y, precisamente por eso, no es responsable de sus actos. Al anticipar los acontecimientos, el ser humano se hace responsable de su respuesta a ellos. Y la responsabilidad es el principio de la acción moral. El animal es un ser natural, en tanto que el ser humano es moral. Y lo es por esto, porque tiene capacidad de anticiparse a las situaciones. Nadie es responsable de aquello que no ha podido prever. Eso será una fatalidad, pero no un acto humano. En el ser humano la selección natural se torna en algo muy distinto, elección moral.

Naturaleza y cultura

Pues bien, esta cualidad biológica singular que es la inteligencia humana –dejo de lado el tema de si hay inteligencia animal, porque queda claro que, aunque así sea, es cualitativamente distinta de la humana– permite entender cómo se sitúa el hombre ante la naturaleza. Del animal decíamos que era un mero sujeto pasivo de la selección natural que opera el medio físico. La inteligencia es, por el contrario, una facultad formalmente activa. Y su actividad consiste siempre en lo mismo, en evaluar el medio y adaptarlo a su propia realidad biológica. Se trata, de nuevo, de un fenómeno de adaptación, pero ahora opuesto al anterior. Si en el mundo animal es el medio el que selecciona a los seres vivos, ahora es un ser vivo quien selecciona el medio, mejor aún, quien lo elige. La inteligencia sirve para elegir, y sirve también para transformar. No hay duda de que los seres vivos aerobios necesitamos oxígeno para poder vivir. La inteligencia, sin embargo, permite al ser humano vivir en condiciones de hipoxia o de anoxia, como sucede en los vuelos espaciales. La inteligencia sirve para modificar el medio en beneficio de inventario. El medio selecciona, el ser humano elige. Y la elección consiste siempre en lo mismo, en la transformación del medio, a fin de hacerlo adecuado a las necesidades humanas. El resultado de esa transformación es lo que llamamos “cultura”. No hay que pensar sólo en las bellas artes cuando hablamos de cultura. Cualquier tipo de transformación técnica de la naturaleza es cultu-

ra. La revolución neolítica descubrió un medio fantástico de transformar la naturaleza y mejorar la alimentación de los seres humanos, la agricultura, la cultura o cultivo de la tierra.

Ahora ya tenemos una definición de cultura. Cultura es todo lo que el ser humano hace con la naturaleza, el modo como la transforma en beneficio propio y, de ese modo, la humaniza. El término cultura se opone así al de naturaleza. El animal vive en la naturaleza. El ser humano no puede vivir nunca en la pura naturaleza. Todo lo que él hace es transformar la naturaleza, convertirla en cultura. El ser humano no vive en la naturaleza sino en la cultura. Las técnicas son los procedimientos que utilizamos para llevar a cabo esa transformación. El proceso de transformación es lo que se denomina trabajo. Y el resultado de todo el proceso es el dar valor o añadir valor a las realidades puramente naturales. El mundo de la pura naturaleza es el de los hechos, en tanto que el mundo de la cultura es el de los valores. Todo el proceso del ser humano con las cosas es de pura y estricta valoración. Y a su resultado o término es a lo que llamamos riqueza. Se es rico o pobre en valores, empezando por el valor más elemental, el económico.

Con esto hemos desembocado en un tema de la máxima importancia, el del valor. Valorar no es algo arbitrario que hacen algunos seres humanos en no se sabe qué circunstancias extrañas. Valorar es una necesidad biológica primaria, tan primaria o más que el comer o respirar. No podemos vivir sin valorar. Duraríamos segundos o minutos sobre la faz de la tierra si nos propusiéramos eso en serio. Todos valoramos, valoramos continuamente. El valor es el elemento de la cultura, y la cultura es el elemento del ser humano, no sólo cuando compone un poema sino también cuando ara la tierra o edifica una casa; es decir, siempre.

Formación técnica y formación humana

Resulta incomprensible que a un fenómeno tan fundamental en la vida humana se le menosprecie en los procesos educativos. Algo anda mal, muy mal, cuando nuestros programas de estudio no manejan como debieran este asunto y cuando nuestras instituciones consideran adecuadamente formadas a personas que son auténticas analfabetas en todo lo relacionado con el mundo del valor. Algo anda mal, muy mal, rematadamente mal. Cabría recordar aquí el “something’s rotten in the Kingdom of Denmark”, de Shakespeare. ¿Cómo puede decirse de alguien que está bien formado si desconoce por completo este mundo? ¿Y qué

decir de las instituciones o de los planes de estudios que no lo contemplan o lo atienden adecuadamente?

Es frecuente establecer una dicotomía entre la llamada “formación técnica”, que todo el mundo considera la básica y sin duda la más importante, y la “formación humanística.” Suele decirse, y decirse mal, que la primera trata de “hechos” y la segunda de “valores”. Es un error. Hace un momento afirmábamos que la técnica es el instrumento básico de la cultura humana, el modo de transformación de la naturaleza en cultura. La técnica es el resultado del proceso de valoración. La agricultura es una técnica al servicio de un valor, la alimentación y, por ende, la salud y el bienestar de los seres humanos. Si no hubiera proceso de valoración, no habría técnica. Es un instrumento creado por la inteligencia humana al servicio de los valores. De ahí la incoherencia de considerar que la formación técnica es neutra en cuestiones de valor, que está libre de valores, y que éstos quedan limitados sólo a la llamada formación humanística.

La formación técnica y los valores instrumentales

Si se analizan bien las cosas, lo que sí se ve es que el valor de los procedimientos técnicos tiene carácter “instrumental”. Éste es un término importante. Una casa, un coche, un avión tienen valor. De eso no hay duda. De ahí que nos cobren por su posesión o por su uso. Pero su valor, como el de todos los procedimientos técnicos, es meramente instrumental o por referencia a otra cosa distinta de ellos mismos. ¿Por referencia a qué? En el ejemplo de la casa, su valor dice referencia al hecho de que uno pueda vivir en ella, resguardarse del frío o del calor, dormir, estar tranquilo, etc. Si no sirviera para nada de esto, la casa carecería de valor para el ser humano. Lo mismo le sucede al coche, que lo valoramos en tanto en cuanto sirve para que nos desplazemos, para ir a los sitios que nos gustan, o que nos parecen bonitos, etc. Lo cual significa que en el mundo de los valores es preciso hacer una distinción entre los valores que son “fines” y los que tienen la condición de “medios”. Yo como para estar sano, o como por placer. El comer tiene valor, pero en tanto que medio para la consecución de otros valores, la salud o el placer. Estos últimos son valores-fines, en tanto que los otros, en ese caso el comer, son valores-medios. Pues bien, en la teoría del valor, a los primeros suele llamárseles “valores intrínsecos”, y a estos segundos, “valores instrumentales”.

Supongo que el adjetivo intrínseco puede levantar algún tipo de resistencia. ¿Pero no son los valores estimaciones puramente subjetivas, y nuestro refranero dice

que “sobre gustos –un valor estético– no hay nada escrito”? ¿Qué sentido puede tener el adjetivo intrínseco aplicado al sustantivo valor? Lo de los valores instrumentales, pase, pero esto de los valores intrínsecos ya es demasiado.

La formación humana y los valores intrínsecos

Esta reacción, que no cabe juzgar más que de normal, demuestra nuestra confusión, cuando no ignorancia supina en el tema del valor, quizá el fundamental en todo proceso formativo. Valor intrínseco es el que tiene valor en sí o por sí mismo, no por referencia a otro o a otra cosa. Un gran filósofo británico, uno de los padres de la filosofía del siglo XX, George Edward Moore, encontró un modo muy simple para identificar los valores intrínsecos. Se trata de pensar en un mundo en el que una determinada cualidad faltase y ver si nos parecería que habíamos perdido algo importante. Podemos pensar en un mundo en el que desaparecieran la belleza o la justicia o la amistad o el amor o la salud o la paz o la vida, etc. Pues bien, si todas esas cosas nos parecen imprescindibles en un mundo de seres humanos bien ordenado, esos son valores en sí, valores intrínsecos. Por más que no existan completamente realizados, esos valores son los que dan sentido a nuestras vidas y los que definen nuestras obligaciones morales. La ética no consiste en otra cosa que en la realización de esos valores, de todos ellos, del mundo entero de los valores que, como ya hemos dicho, es el mundo humano.

Hay, pues, valores intrínsecos y hay valores instrumentales. Las técnicas tienen siempre el carácter de valores instrumentales. De su importancia en la vida humana no hay nada que decir. Y tampoco de la necesidad de enseñar su manejo adecuado. Todo sistema educativo tiene que poner el máximo empeño en la formación rigurosa y precisa en el mundo de las técnicas y, por tanto, también en los conocimientos científicos que les sirven de base. Un profesional es una persona con una correcta formación técnica, que le capacite para manejar adecuadamente, en servicio de la sociedad, algunos de esos valores que hemos llamado instrumentales. No puede ser buen profesional quien no sea buen técnico, técnico cualificado. Y no será bueno el proceso educativo que no cualifique adecuadamente a sus miembros en el manejo técnico de la parcela a la que vayan a dedicar su actividad profesional.

¿Pero es esto todo? Ésta es la cuestión. Porque los valores instrumentales han de estar siempre al servicio de los valores llamados intrínsecos. ¿Puede decirse que la técnica es absolutamente neutra, y que, por tanto, puede ponerse al servicio de cualquier tipo de valor intrínseco? Ya hemos visto que no, que la técnica no

es axiológicamente neutra, que lleva siempre un valor añadido. Ese valor lo es siempre por referencia a otra cosa distinta de ella misma, a otro valor, el llamado valor intrínseco. De ahí que un profesional no pueda serlo adecuadamente si además de dominar una o varias técnicas, de servir a uno o varios valores instrumentales, no tiene en cuenta los valores intrínsecos a los que aquéllos sirven o de los que dependen.

Los valores intrínsecos en la formación profesional

Un ejemplo aclarará esto. Pensemos en el dinero, el valor económico. A nadie se le oculta que el dinero es el valor instrumental por antonomasia. De hecho, no tiene valor en sí o valor intrínseco, más que aquel propio del material de que está hecha la moneda, generalmente un papel de valor ínfimo, casi despreciable. El dinero es el modelo más puro de valor instrumental. No sirve más que para adquirir productos de valor intrínseco, bien directamente, bien a través de otros valores instrumentales. El dinero sirve para procurarse valores intrínsecos, como la salud, la belleza, el bienestar, el placer, la ciencia, etc., o bien valores instrumentales, una casa, un coche, una buena comida, etc. La gestión correcta del dinero exige técnicas, cada vez más complejas, que se enseñan, y con razón, en nuestra Facultad de Ciencias Económicas. Mucha de la prosperidad de este país se debe a la profesionalidad y el buen hacer técnico de sus economistas. Pero el dinero como valor instrumental está necesariamente al servicio de otros valores que, a la postre, son siempre intrínsecos. Piénsese en la gestión empresarial. El año 1970 publicó Milton Friedman un famoso artículo sobre ética empresarial. El tema que se debatía era el de la responsabilidad social de las empresas. La tesis de Friedman era que la única obligación moral del empresario es ganar dinero, cuanto más mejor, y que cualquier otro objetivo es una grave irresponsabilidad, ya que le impedirá capitalizar adecuadamente la empresa y hacer frente a sus competidores. La llamada responsabilidad social de las empresas, concluía, es una grave irresponsabilidad. El velar por el medio ambiente, o por el bienestar de sus empleados, o por el cumplimiento de los llamados deberes de buena ciudadanía, no es función del empresario sino del Estado. La única obligación del gestor empresarial es la contraída en el momento de su nombramiento con sus accionistas, los Shareholders o Stockholders, no con todos aquellos que de un modo u otro se hallan relacionados con la vida de la empresa, los llamados Stakeholders. Para Friedman, pues, la obligación del empresario consiste en incrementar tanto como sea posible ese valor instrumental que

es la ganancia económica, y cumplir con los valores intrínsecos que marque la ley, nada más. Esta es la única ética de la empresa. La ética del empresario se limita a su deber y obligación de incrementar sus beneficios tanto como sea posible dentro de los límites marcados por el derecho vigente. Todo lo demás no sólo no es ético sino que en su opinión es claramente inmoral, ya que obliga a la empresa a soportar unos costes adicionales que necesariamente acabarán volviéndose en su contra. La llamada ética de la empresa o de la gestión empresarial es, pues, un artefacto ilógico y dañino que carece de sentido y puede llevar a las empresas al desastre. La empresa tiene que cumplir con sus obligaciones jurídicas y con las que tiene contraídas con sus accionistas. Nada más.

Lo dicho por Friedman lo podemos traducir ahora a la terminología que hemos venido utilizando a lo largo de esta exposición. Su tesis es que el gestor empresarial tiene que incrementar en lo posible el valor instrumental por antonomasia, el dinero, la riqueza, sin hacerse cuestión de los llamados valores intrínsecos. Para eso está el Estado, que deberá fijar los mínimos, es decir, los valores intrínsecos mínimos exigibles a todos. En otras palabras, lo que debe enseñarse en una Facultad de Ciencias Económicas es la correcta gestión de ese valor instrumental llamado dinero o riqueza, dejando de lado cualquier consideración de los valores intrínsecos.

¿Es esto verdad? ¿Es esto así? ¿Podrá considerarse adecuadamente formado aquel profesional que conozca bien el manejo de los valores técnicos o instrumentales que sean de su competencia pero desconozca absolutamente la importancia de los valores intrínsecos afectados? ¿Cumplirá la Universidad con su misión corriendo un tupido velo sobre el grave tema de los valores intrínsecos? ¿Podrá considerarse ese proceso de formación adecuado, completo, propio de la institución que tiene a su cargo la grave tarea de la formación de los profesionales? Permittedme que me adelante, antes de explicar las razones, pronunciando un rotundo ¡No! No, eso no es formación sino deformación profesional. Deberíamos meditar sobre si nos encontramos o no próximos a ella. Nosotros, nuestras enseñanzas, nuestros programas, nuestros departamentos, nuestras facultades, nuestra Universidad, ¿son conscientes de todo esto? ¿Colaboran o no en esta caótica ceremonia de confusión? De vez en cuando hay que hacer un alto en el camino, ponerse la mano en el pecho y hacer examen de conciencia.

Conviene ahora explicitar los argumentos por los cuales la postura de Milton Friedman y sus secuaces, que son legión entre economistas, políticos y gentes del común, es inaceptable. Como el campo en el que yo me muevo no es el

de la Economía sino el de la Medicina, permitidme que emigre desde el lugar donde me hallo como gallina en corral ajeno, hacia el medio en el que me siento como pez en el agua. El año 1997 saltó a las revistas especializadas e incluso a la prensa general, un gran escándalo. Ciertas empresas farmacéuticas quisieron comprobar en países en vías de desarrollo de Asia y África algo que, caso de ser cierto, podía resultar altamente beneficioso para su población. Se trataba de saber si mediante la administración de antirretrovirales durante las últimas semanas de embarazo a madres infectadas por el virus VIH, se conseguía evitar su transmisión a los recién nacidos. Las madres del llamado primer mundo están todas, por lo general, tratadas con antirretrovirales durante todo el embarazo, y por tanto no era posible hacer con ellas el ensayo. En los países que se eligieron, las embarazadas no solían tomar medicación por falta de medios y, por tanto, el ensayo era posible. De lo que se trataba era de realizar ensayos clínicos en los que el grupo control no recibiera ningún tipo de tratamiento a lo largo de todo su embarazo, de modo que continuaran como era usual en su medio, y que el otro grupo recibiera la medicación durante las últimas semanas de embarazo. Ni que decir tiene que esto no violaba ninguna ley, al menos las leyes de los países respectivos. A las empresas farmacéuticas les interesaba hacerlo, y las gentes del lugar no podían recibir de ello más que beneficios. ¿Cabe mayor o mejor justificación?

Los casos podían multiplicarse sin ningún esfuerzo. ¿Sólo tenemos obligación de cumplir aquellas exigencias que vengan impuestas por el Derecho? ¿Es esto suficiente? ¿Es correcto? ¿Es moral? Piénsese en el tema del deterioro del medio ambiente. Las leyes siguen en la actualidad siendo mínimas en este ámbito. La mayor parte de los deterioros del medio ambiente son legales. ¿Cabe deducir de ello que quienes los producen, por ejemplo, las empresas, no tienen ninguna responsabilidad? ¿Podemos reducir nuestras responsabilidades con los valores intrínsecos al cumplimiento de los mínimos legales? ¿Cabe considerar adecuado el comportamiento de una empresa que se contenta con pagar el salario mínimo interprofesional, o que se limita a cumplir los mínimos establecidos por la ley en el trato con sus empleados? Que cada cual se dé a sí mismo la respuesta.

No lo demos vueltas. Todo técnico, todo profesional maneja valores instrumentales. Pero está al servicio de valores intrínsecos. Y estos son de su incumbencia y, al menos en parte, de su responsabilidad. Ya decía Kant que un mismo producto químico puede servir para curar o para asesinar. Lo cual significa que una institución docente, y muy en particular la institución docente máxima, la más elevada, la Universidad, no puede contentarse con la formación técnica, aquella que se ocupa de los valores instrumentales, y tiene que incluir entre sus objetivos

la formación en los valores intrínsecos. Ésta suele llamarse formación humana o formación humanística. No me agrada mucho el término, habida cuenta de que bajo él hallan cobijo todo tipo de mercancías, por lo general infames. Pero no es cuestión de nombres, si sabemos de qué estamos hablando. Y estamos hablando de valores. ¿Qué quiere la sociedad? ¿Qué formemos técnicos puros, técnicos carentes de valores humanos? ¿Es para eso para los que nos ha creado y para lo que nos financia? Permittedme que lo dude.

Los valores intrínsecos y la ética profesional

Quiero terminar hablando de mí mismo, ya que, como decía Unamuno, soy el hombre que tengo más a mano. Llevo casi toda mi vida profesional enseñando Ética en la Facultad de Medicina. Casi a las puertas de la jubilación, tengo que confesar que durante todos estos años he tratado de dignificar esta disciplina, que llegó a niveles de degradación difícilmente imaginables durante los años de la dictadura, y que haciéndolo me he sentido ampliamente realizado como profesor y como persona. Mi experiencia es que cuando esto se hace adecuadamente, el efecto en los alumnos es casi milagroso. Descubren un nuevo mundo, cosas fundamentales, no sólo para su actividad profesional sino para su vida, para la vida. Se produce en ellos una transformación, que ya no podrán olvidar nunca. Y si me preguntáis de qué hablamos en las clases, os tengo que responder que de lo que he estado hablando aquí, de los valores instrumentales y de los valores intrínsecos. Porque la Ética no consiste en otra cosa que en la realización de valores. La Ética es una disciplina práctica, se pregunta por lo que hay que hacer, lo que debe y no debe hacerse. Y nuestro deber en la vida no es otro que realizar valores, realizar la verdad, la justicia, la paz, la fraternidad, el amor, la amistad; en el caso de los médicos, la salud, la vida, el bienestar. Ninguno de esos valores está realizado de modo pleno en nuestro mundo, plagado de injusticias, guerras, dolor, enfermedad, muerte. Esos valores no están realizados, pero deben estarlo en cuanto sea posible, en todo lo que dependa de nosotros. Esa es nuestra obligación moral. Y ello no sólo en tanto que seres humanos sino también en tanto que profesionales, médicos, economistas, lo que sea. Es curioso, sorprendente: los valores no existen como tales, son puros entes ideales, ni la justicia, ni la paz, etc., están completamente realizadas; pero a pesar de no ser reales, o precisamente por no serlo, tiran de nosotros y nos exigen perentoriamente su realización. La Ética no trata de lo que es, sino de lo que debe de ser y no es. Y eso que debe de ser, que debe convertirse en realidad, son los valores, los valores que hemos llamado intrínsecos.

La deliberación y la prudencia

El mundo ideal de los valores no se halla realizado, entre otras cosas, porque no se puede, porque no es posible. Los valores tienen varias características, una de las cuales es su conflictividad. Hay conflictos de valores cuando unos y otros entran en colisión entre sí. Un valor es la vida y otro el respeto de la autonomía de las personas. En la práctica médica es muy frecuente que entren en conflicto. Y entonces se plantea el problema de qué hacer, es decir, cómo determinar nuestros deberes. Todo el mundo tiene claro que “deberían” realizarse ambos valores, respetando la voluntad de la persona y haciendo lo posible por conservar su vida. Pero en caso de conflicto eso no es posible, de modo que al final hay que concluir que uno no “debe” hacer lo que “debería”. Una cosa es el debería y otra el debe. No debería haber guerras, pero las hay, e incluso, en determinadas situaciones, debe haberlas. La ética trata del debería, pero trata también del debe. La diferencia entre ambos momentos está en que el primero es abstracto, universal, en tanto que el segundo es concreto y particular. Para saber lo que debemos hacer no sólo hemos de tener en cuenta los valores en conflicto, sino también las circunstancias concretas del caso y las consecuencias previsibles. Todo eso hay que incluirlo en un juicio de ponderación, a fin de tomar decisiones “prudentes”. La prudencia es la virtud ética por antonomasia. Nadie nos pide que no hagamos cosas mal, o que no nos equivoquemos. Lo que puede y debe pedírsenos es que seamos prudentes. Y el proceso mental por el que se analizan los hechos del caso, los valores en conflicto, las circunstancias y consecuencias previsibles, en orden a tomar una decisión prudente se llama, desde el tiempo de Aristóteles al menos, “deliberación”. Es una técnica sumamente compleja y que requiere un largo entrenamiento. En eso habría que centrar la formación humana de nuestros estudiantes, los futuros profesionales. Quien no sepa deliberar sobre los valores intrínsecos e incluirlos correcta o prudentemente en sus decisiones, no será nunca un buen profesional, por mucha técnica que sepa, mucho dinero que gane o mucho éxito que tenga en la vida.

Pro domo mea

Permitidme que acabe confesándoos, después de mi satisfacción y agradecimiento por haber dedicado la vida a lo que considero importante, el espacio de sombras que hay en el fondo de mi alma y que sale de vez en cuando a superficie, nublándome el semblante y sobrecogiéndome mi corazón. Y es que veo acercarse la hora de mi retiro sin haber conseguido en medida suficiente la institucionalización de esto

por lo que yo he luchado, y que considero fundamental para la formación de todo ciudadano y, por supuesto, de todo profesional, no ya en mi Universidad, sino ni tan siquiera en mi propia Facultad. Como algún consuelo tengo que darme, me respondo que los tiempos no están aún maduros, que la cosa irá imponiéndose poco a poco, paulatinamente, y que quien vivirá, verá. Miro a Europa y a América y veo la pululación de cátedras de Bioética en sus universidades. En España no se halla ni recogida en el catálogo de áreas de conocimiento. ¿Por qué no en España? ¿Servirá todo lo que he intentado hacer para algo? ¿Tendrá continuidad? No lo sé. A otros corresponde la respuesta. Contando su propia batallita, el apóstol Pablo escribió: “He competido en noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia.” Yo no me atrevería a tanto. Sí creo que he competido en la noble competición, llegado casi a la meta y conservado la fe en lo que he venido haciendo. Cuando llegue el momento pasaré el testigo a quienes me sucedan. Si puedo hacerlo satisfactoriamente, en eso cifraré mi recompensa.



LETAS

